

## Artículo de reflexión

Cómo citar: Forero Sosa, A., De lo místico a lo didáctico: una lectura fenomenológica de la biblioteca. *Polisemia*, 19 (36), 21-34. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.19.36.2023.21-34>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Enviado: 21 de septiembre de 2023

Aceptado: 25 de septiembre de 2023

Publicado: 30 de octubre de 2023

Andrés Forero

# De lo místico a lo didáctico: una lectura fenomenológica de la biblioteca

## From the mystical to the didactic: a phenomenological reading of the library

## Do místico ao didático: uma leitura fenomenológica da biblioteca

### Resumen

Se presentan en este artículo algunas consideraciones enmarcadas en una discusión acerca de la naturaleza esencial y eidética de la biblioteca como espacio, como tiempo o como acción ejecutable. De ahí en más, las reflexiones que suscitan las facetas del entorno libresco de la academia, de la comunidad y de las grandes naciones, así como de los pequeños poblados, impulsan un análisis exhaustivo mediante el método fenomenológico, el cual se vale de los estudios desarrollados por Ingarden y por sus múltiples comentaristas. Así las cosas, estaría errando si buscara hablar del libro y de la biblioteca como objeto o idea sin establecer un breve diálogo con Jorge Luis Borges, quien a través de puntuales apartados de su obra considera estas premisas de una manera narrativa; metafísica, como corresponde al proceso de intencionalización del objeto fenomenológico, y atemporal, como el mismo proceder de la materia lo requiere. Sin embargo, este escrito no evoca únicamente la autoridad de Borges ni la del propio Ingarden para decir lo que dice; simplemente, se adelanta a sí mismo, trata de anteponerse a su siguiente movimiento y tiene como fin principal desenmascarar aquella idea romántica o no, aquella idea politizada o no, institucionalizada o no, de lo que puede ser el fenómeno de la biblioteca, de lo que esta ha representado en la historia antigua y en la más reciente modernidad.

**Palabras clave:** biblioteca, fenomenología, Román Ingarden, espacio

### Andrés Forero

Estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad de La Salle y de la Maestría en Política y Relaciones Internacionales de la misma institución.

Correo electrónico: [anforero03@unisalle.edu.co](mailto:anforero03@unisalle.edu.co)



## Abstract

This article presents some considerations framed in a discussion about the essential and eidetic nature of the library as a space, as time or as an executable action. From there on, the reflections that the facets of the bookish environment of the academy, of the community and of the great nations, as well as of the small towns, prompt an exhaustive analysis by means of the phenomenological method, which makes use of the studies developed by Ingarden and his multiple commentators. Thus, I would be mistaken if I sought to speak of the book and the library as an object or idea without establishing a brief dialogue with Jorge Luis Borges, who through specific sections of his work considers these premises in a narrative manner; metaphysical, as corresponds to the process of intentionalization of the phenomenological object, and atemporal, as the same proceeding of the matter requires. However, this writing does not only evoke Borges authority nor Ingarden's own authority to say what he says; it simply anticipates itself, tries to come before his next move and has as its main purpose to unmask that romantic idea or not, that politicized idea or not, institutionalized or not, of what the phenomenon of the library can be, of what it has represented in ancient history and in the most recent modernity.

**Keywords:** library, phenomenology, Roman Ingarden, space.

## Resumo

Este artigo apresenta algumas considerações enquadradas numa discussão sobre a natureza essencial e eidética da biblioteca como espaço, como tempo ou como ação executável. A partir daí, as reflexões suscitadas pelas facetas do ambiente livresco da academia, da comunidade e das grandes nações, bem como das pequenas cidades, promovem uma análise exaustiva através do método fenomenológico, que utiliza os estudos desenvolvidos por Ingarden e seus diversos comentaristas. Assim, estaria errado se procurasse falar do livro e da biblioteca como objeto ou ideia sem estabelecer um breve diálogo com Jorge Luis Borges, que através de trechos específicos de sua obra considera essas premissas de forma narrativa; metafísico, como corresponde ao processo de intencionalização do objeto fenomenológico, e atemporal, como o próprio procedimento da matéria o exige. Contudo, este escrito não evoca apenas a autoridade de Borges ou do próprio Ingarden para dizer o que diz; Ela simplesmente se adianta, tenta se colocar à frente do próximo passo, e seu principal objetivo é desmascarar aquela ideia que é romântica ou não, aquela ideia que é politizada ou não, institucionalizada ou não, do que é o fenômeno da biblioteca. pode ser, daquilo que representou na história antiga e na modernidade mais recente.

**Palavras-chave:** biblioteca, fenomenologia, Román Ingarden, espaço



## Introducción

*Siempre he imaginado que el Paraíso  
será una especie de biblioteca.*

—J. L. Borges

La biblioteca como espacio de encuentro puede ser rastreada hasta hace bastantes milenios. Se vuelve entonces capital desde ese primer instante la idea de un lugar que, atravesado por una sacralidad epistémica y filosófica en el sentido del amor por los saberes, contenga en sí mismo un universo de sentidos estructurados bajo un orden.

Las bibliotecas y los sistemas bibliotecarios son dos cosas distintas, puesto que los segundos son accidentes y formas de acceso a las primeras. No accedemos a *la biblioteca*, sino a una determinada forma de biblioteca, ya sea pública o de una universidad especializada, y la idea de acceso está mediada por una serie de cuestiones determinadas a su vez por la comprensión *per se* del libro. La biblioteca entonces se vuelve liminal: es una cresta en el mundo que nos deja ver, cual cordillera, la cantidad plausible de mundos desde la literatura y el pensamiento político, económico, teológico, filosófico, analítico, científico, artístico histórico, etcétera.

En ese orden de ideas, la biblioteca se constituye como un sistema de acceso al conocimiento. Noción que, como veremos más adelante, es pertinente derrumbar. Se entiende de esta idea que se trata únicamente de una delimitación espacial y material llevada a cabo por una comunidad que designa la biblioteca como lugar con una finalidad productiva intelectual. Sin embargo, ¿hay algo más que subyace a esta serie de estanterías abarrotadas con volúmenes encuadernados en cueros y cartones y pastas? La magia que subyace a la biblioteca no se halla en sus libros, sino en el sentido que el espacio rodeado por ellos establece.

### ¿Qué es lo mágico de la biblioteca?

“Ni los bibliotecarios, ni los escritores, ni tampoco lectores entienden la biblioteca como el desarrollo de una premisa única [...] es cierto que existen reglas de clasificación universales, pero no existe una única justificación de las bibliotecas”, menciona Palacio (Filosofía y Videojuegos, 2022, 2:40-3:10), refiriéndose al debate entre Zwadlo y Radford. El contexto es que el segundo le responde al primero que sin una filosofía de la biblioteca “no sabríamos cómo validar y comprobar un conocimiento como tal” (Filosofía y Videojuegos, 2022, 3:30-3:34).

En esa medida, podemos pensar que Radford tiende a perderse un poco y a confundir la idea de una filosofía de la biblioteca con un desarrollo más profundo de la bibliotecología *per se* o del sistema de clasificación. Así, el análisis fenomenológico caería en un supuesto, a saber, que la necesidad de la esencia de algo solo se puede establecer clasificándolo.

Es cierto que el método aprehensivo sugiere un matiz similar que radica en ver el fenómeno de manera aislada de sus accidentes mundanos. A través de una perspectiva eidética, podemos decir que Zwadlo está más enfocado en una dirección fenomenológica, mientras que Radford se dirige a una comprensión de la biblioteca; ambos hablan de una filosofía de la biblioteca, pero la forma en que cada uno la desarrolla es diferente. El primero habla de una *fenomenología de la biblioteca*; el segundo, por su parte, de una *hermenéutica de las bibliotecas* —así, en plural—, esto es, de una comprensión de las bibliotecas conocidas y dadas en el mundo.

Desde lo planteado por Zwadlo, podemos atrevernos a dar un paso más allá y preguntar entonces por las bibliotecas míticas, por Alejandría e incluso por la imaginaria Babel borgiana, y no solamente por las bibliotecas y edificios de repositorios institucionales locales o de grandes claustros como Oxford o Cambridge. La preocupación aquí nos invita a rastrear la esencia de esos arquetipos míticos que hoy día se traslapan al mundo real, en algo menos místico y sacro y más pedagógico, archivístico y didáctico.

Los grandes parales de mármol, de jaspe, y de enormes rocas calizas sobre las que los antiguos y los orientales edificaron los recintos que ellos mismos clasificaron como espacios de producción y amor al conocimiento, hoy día son largos pasillos, algunos bajo los edificios, por lo general fríos y un poco oscuros, iluminados por lámparas de bajo poder lumínico y de un tono blanco y helado. La noción que tenemos de biblioteca universitaria, por lo menos en los países latinoamericanos, se antoja corporativa, deshumanizada, incluso penitenciaria si se quiere.

Este punto acerca de la apariencia en el mundo de la idea de biblioteca nos da algunas luces. Más allá de enaltecer la accesoria dimensión estética que buscan emular dichos recintos erigidos por las universidades, y considerar que la Biblioteca Bodleiana, de la Universidad de Oxford, o la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos en Washington son “La Biblioteca”, se trata de hallar ese quid que hace que sean igualmente bibliotecas tanto aquella de la Abadía de Melk en Austria —donde monjes copistas del siglo IX traducían a Aristóteles del griego clásico al latín— como aquella ubicada en el segundo piso del edificio de posgrados de la Sede Chapinero de la Universidad de La Salle en Bogotá (Colombia).

Arquitectónicamente, no hay una correspondencia fija, no se puede hablar más que de una delimitación de un área de x extensión y tantos pisos, como ya dijimos, lo cual sería una delimitación errónea. El hecho de que una biblioteca no sea universal se suma a la discusión: la alejandrina de su tiempo se decía y entendía como un compilado del mundo conocido. Se decía de ella que había manuscritos de la India e incluso algunos en lenguas ya muertas de orígenes desconocidos. Más allá del mito, se trataba de una vastísima colección de saberes inconmensurables y, hasta hoy día, perdidos en su totalidad. Medicina, agronomía, arquitectura y filosofía, así como artes, música y geografía, literatura, comedias y tragedias conformaban una distribución holística, según testimonios, del mundo conocido, de la Europa mediterránea y la Eurasia de Oriente Medio, e incluso del Lejano Oriente.

Sin embargo, este no puede ser el detalle. Comenzar una aprehensión de la biblioteca pensando en que se trata de un compilado o de una serie de recursos bibliográficos que hablen de todo y de todas las culturas conocidas se imposibilita por dos motivos. El primero radica en que, hasta el día de hoy, han existido civilizaciones no letradas que han dejado registros su cultura en formatos totalmente distintos. Son ejemplos de ello la cultura inca, que lo hizo a través de tejidos, o los aborígenes australianos, con su enigmática religión del arcoíris. Además, numerosos pueblos fueron borrados de la historia sin que hubieran dejado ningún tipo de registro y hubo también enormes y extensas culturas que tuvieron poquísimos libros capitales, como lo fue la epopeya de Gengis Khan en el caso de la cultura mongola, por ejemplo. Así pues, la idea de saberlo todo es absurda. En el mundo que hemos descubierto hasta hoy, no se puede saber todo, y eso, en primera instancia, derrumba la idea y la pretensión de universalidad de la definición de biblioteca a partir de *sitio que contiene todos los saberes*.

El segundo motivo es que las nociones especializadas tras el renacimiento terminan de socavar la teoría holística. En otras palabras, actualmente el alcance de la especialización obliga a delimitar la biblioteca e inaugura la denominación de la “biblioteca especializada en una u otra cosa”. Un claro ejemplo fueron las bibliotecas eclesiásticas de las abadías y lo son hoy día las bibliotecas marxistas, espirituales, de arte, históricas, e incluso museográficas. En la actualidad, el hiperenfoco ha desvanecido aquella idea de la biblioteca total, por lo que resulta ridículo siquiera mencionarla; sin embargo, en nuestro análisis hemos determinado que es un ejercicio pertinente en la cuestión aprehensiva de la idea de la biblioteca.

Siguiendo con el mismo rumbo, podemos entonces comenzar a pensar en un primer esbozo de lo que puede ser la esencia de la biblioteca. En una primera instancia, cabe afirmar que nos separamos de las concepciones antiguas: la biblioteca no es un sitio ornado por fastuosas manifestaciones arquitectónicas, puede ser un sitio simple. En segunda instancia, la biblioteca puede tener pretensiones universales, claro que sí, pero no se trata de una condición necesaria: la universalidad en una biblioteca es prescindible. De ahí en más, cabe pensar en otra de las variables que surgen hoy día: la extensión.

¿Qué extensión debe tener una colección de libros para ser una biblioteca? O incluso, ¿qué diferencia la biblioteca de la colección de libros?, ¿son sinónimos o una es inferior cuantitativamente a la otra?, ¿qué jerarquización es patente en ese sentido? El conjunto de tomos I al VI de las *Obras completas* de Ortega y Gasset, los dos tomos de *Guerra y paz* de Tolstoi y el gran tomo de *Rojo y negro* de Stendhal más varios libros de cuentos de Chejov, de Kafka y algunos poemarios de Pizarnik, por ejemplo, ¿conforman una biblioteca pequeña o una colección de libros?

La precisión cuantitativa entonces desborda la definición propia de biblioteca. No puede haber claridad más allá de la paradoja que, a nivel de lenguaje, implica la transición de un nombre a otro en función de su cantidad. No es como si se tratase de una oficialidad, y por lo demás, si

así fuera, ¿quién tendría la autoridad para tal cosa? El dilema en este nivel no es fenomenológico a la luz de lo que buscamos, es analítico, y ello lo mencionaba Eubulides en la paradoja de sorites:

... no clear line divides people who are bald from people who are not, or blue objects from green (hence not blue), or old people from middle-aged (hence not old). Because the predicate “heap” has unclear boundaries, it seems that no single grain of wheat can make the difference between a number of grains that does, and a number that does not, make a heap.<sup>1</sup> (Hyde & Raffman, 2018, párr. 1)

Sobre este punto volveremos más adelante, puesto que es necesario descartar las características físicas por un momento, para ver si la concepción contextual que se tiene de la biblioteca arroja luces al ejercicio eidético que nos ocupa.

## La biblioteca como esfera de acción

En la búsqueda de una definición, surge la tentativa de considerar la biblioteca como lugar de ejercicio del bibliotecólogo, de modo que es válido preguntarse si esta podría ser una definición certera o si, por el contrario, sería errada. Es plausible, si se quiere, considerar la biblioteca incluso como laboratorio de la ciencia bibliotecológica, bajo el supuesto de que dicha área del conocimiento se ejerce con el influjo del positivismo.

Así, la biblioteca sería espacio de desarrollo de un método científico, ergo la biblioteca tendría un cariz dominable, un cariz pasivo frente a las acciones del bibliotecólogo y, a su vez, tomaría un cariz positivista. Esto se desestima, pues el bibliotecario no es un científico, es un buscador del conocimiento, un filósofo. Bien lo dice Wright (como se citó en Zwadlo, 1997, p. 104): “Librarians are the philosophers of research, not researchers”.

Los patrones de descubrimiento y de revelación del conocimiento que tienen lugar en la biblioteca no están sujetos a predictibilidad más allá del sentido de la condición material que hay en ella. En otras palabras, se descubrirán conocimientos dentro de un rango, que son las obras inventariadas y registradas en los archivos de la biblioteca; sin embargo, estos textos están sujetos también a la manifestación de sus contenidos dentro de la investigación.

En consecuencia, el conocimiento no puede ser positivizado en la medida en que se revela a través de la biblioteca. La biblioteca se entiende como un lugar donde los distintos conocimientos se manifiestan a través

---

1 La línea divisoria entre las personas calvas y las que no lo son no es clara, al igual que aquella entre objetos azules y verdes (por lo tanto, no azules), o personas mayores y de mediana edad (por lo tanto, no mayores). Debido a que el predicado “montón” tiene límites difusos, parece que ningún grano de trigo en particular puede marcar la diferencia entre un número de granos que hace que algo sea un montón y un número que no lo hace.

del material impreso que la constituye en su planta física. “Nuestra unión con los númenes se da través de los libros, de los discos, de las películas y de los videojuegos que tenemos en los estantes de la biblioteca” (Filosofía y Videojuegos, 2022, 11:55-12:05).

La manifestación del conocimiento de la que es guía el bibliotecario no es parametrizable. No es medible cuanto conocimiento se revela al investigador en la biblioteca. En ese sentido, lo que busca Zwadlo es una alternativa filosófica para sustituir ese positivismo arraigado en la perspectiva de la bibliotecología como ciencia rala de clasificación documental.

Feyerabend se refirió a la filosofía de la ciencia —en este caso pensemos la ciencia de la información— como anárquica. Recordemos entonces su posición epistemológica, que invita a no positivizar el conocimiento de manera taxativa, a resistirse a la positivización, argumentando al respecto que “la historia de la ciencia será tan compleja, caótica y llena de errores como las ideas que contiene, y a su vez, estas ideas serán tan complejas, caóticas, llenas de errores y divertidas como las mentes de quienes las han inventado” (1986, p. 3). No positivizar la biblioteca es capital; es fundamental no mediar los conocimientos con sistemas de clasificación que, como veremos, son necesarios, pero no inherentes a la biblioteca. Igualmente, Radford y Budd (1997, p. 317) comentan que

positivism as a relevant problematic for LIS scholarship not because it represents a framework that needs to be overthrown, but rather as an invisible epistemological foundation whose contours and structures have not been recognized as such in the practices of LIS practitioners and scholars.<sup>2</sup>

De esta manera, establecen la disonancia entre las acciones y los métodos, entre la epistemología positivista que emplea el bibliotecólogo y su intencionalidad al hacerlo. Se entiende el positivismo como la manera de hacer las cosas y de ejercer en la biblioteca, incluso estando lejos de una comprensión científica del espacio por parte del bibliotecólogo.

La intencionalidad claramente no está impregnada de positivismo, pero el comportamiento que se da para los motivos de clasificación y organización, inherentes al oficio del bibliotecólogo, están fundados sobre esta premisa científica de organización y clasificación del material de trabajo, incluso cuando este solo es accesible mediante una arbitrariedad. Ya lo dice Zwadlo (como se citó en Filosofía y Videojuegos, 2022, 2:40-3:10): “Ni los lectores, bibliotecarios, ni escritores entienden la biblioteca como el desarrollo de una premisa única, [...] es cierto que existen normas de clasificación universales, pero no existe una única justificación de la biblioteca”.

---

2 Consideran que el positivismo es una problemática relevante para el estudio de la bibliotecología y las ciencias de la información, no porque represente un marco que deba ser derribado, sino más bien como un fundamento epistemológico invisible cuyos contornos y estructuras no han sido reconocidos como tales en las prácticas de los profesionales y académicos de la bibliotecología y ciencias de la información.



## La biblioteca como lugar de producción intelectual

Si asumimos la premisa: “La biblioteca no es el laboratorio del bibliotecólogo, sino que es un lugar de producción de múltiples conocimientos”, entonces podemos seguir diciendo que la esencia de la biblioteca radicaría en ser, antes que nada, un lugar donde la episteme tiene lugar; donde se da la pista, la búsqueda de un conocimiento puro, no documental estrictamente. Así, las nociones dejan de ser meramente físicas y mundanas y se trasladan al sentido intelectual, pero no ideal. La biblioteca no es una serie de ideas mencionadas en un lugar, es lugar de ideas pero no un templo de deificación de verdades sustraídas de los libros, es lugar de dinamización del conocimiento, de producción, esto se puede apreciar con el matiz del paso del tiempo.

En la edad media las grandes bibliotecas se restringían a las abadías y demás lugares controlados por la iglesia o, en el mejor de los casos, a los castillos, donde llegaban a filtrarse obras prohibidas; pero en primera instancia estaban los templos religiosos. Esto le daba un cariz sacro a la biblioteca como ambiente; había una deificación del texto, un enaltecimiento de ciertos paradigmas que muchas veces son malinterpretados.

Había exégesis, es verdad, pero no había esa búsqueda científicista que de una u otra forma está presente en la actualidad y que tiene un dinamismo mayor. En el medioevo la producción de conocimiento estaba más dilatada. Respecto a la exegética medieval, menciona Grondin (2008, p. 17) que “conoció una importante renovación con el protestantismo que dio origen a numerosos tratados de hermenéutica”, dejando al descubierto que durante varios siglos el proceso se gestó, pero no fue hasta el siglo XV cuando se comenzaron a destrabar los engranajes de la interpretación.

Eran tiempos lentos donde se mascullaban ciertas ideas y después se refutaban con proyectos apoteósicos como la *Suma* tomasina, que es, de modo análogo a su tiempo, una catedral del pensamiento; lo es al menos si nos limitamos al caso europeo. Todo ello no podría alcanzar, en términos de productividad, a la velocidad con que hoy se devela el conocimiento en las bibliotecas universitarias.

Hasta ahora, hemos despojado a la noción de la biblioteca de sus afecciones más evidentes, como su planta física, su fastuosidad e incluso su contexto científicista, que muchas veces pareciera ser lo que la define, a través de las clasificaciones intrincadas, los códigos y los sistemas de repositorios. Es en ese sentido que hemos reparado un poco más en la idea que muchas veces se puede tener de la biblioteca.

Hemos visto, además, que nos podemos remitir a la idea de la alejandrina universal, fastuosa, épica y mítica, pero que también nos podemos quedar con la corporativa del campus universitario. En ese orden, hemos explorado su materialidad, hemos pensado en su extensión y hemos comprendido que una enorme porción de una ciudadela universitaria no es inherente entonces a la idea de biblioteca, pero que tampoco le es suficiente un piso de un edificio en una universidad.



De esta forma, nos remitimos a la extensión interna, que también consideramos, quedando así algo patente el problema debido a la incertidumbre que ello suscita. Si se puede decir que algunos volúmenes que fueron heredados son una biblioteca, lo mismo que se puede decir que la Biblioteca del Congreso en Washington lo es, pues debemos señalar que es irresoluble la cuestión.

Tal vez lo más matizado que podemos indicar de este concepto es que una biblioteca es cualquier cantidad de libros mayor al menor número de dos cifras que es el diez. El problema viene a ser la paradoja ya gastada del lenguaje, en la que Eubulides se preguntó por los granos de un montón de arena y después de quitarle un grano al montón que tenía muchísimos granos, continuaba preguntando si aun habiendo quitado uno seguía siendo un montón. Por lo tanto, no me ocuparé más de esta cuestión, ya que considero que es inabarcable y accesoria a lo que compete a este texto.

## El tiempo es a la biblioteca lo que la noche es al día

Saliendo de la aprehensión física de la idea, que ya hemos visto resulta sumamente problemática en términos de extensión interna y externa, podemos también considerar que en la biblioteca el tiempo corre más rápido. O por lo menos, dejando atrás la ambigüedad, afirmar que la dinamización de la investigación y la cantidad de investigadores es mayor y por eso ahora se produce más conocimiento y más avances que hace ochocientos años, por ejemplo.

Cabe preguntarse entonces: ¿A qué clase de temporalidad está sujeta la biblioteca? Esto se puede leer de dos formas, porque, como ya hemos visto, la biblioteca en tanto materialidad es patente del tiempo como cualquier objeto mundano; tenga la connotación que tenga, la afectan el fuego, el agua, el polvo y los insectos. Quizá podemos pensar mejor en el sentido en que afirmemos que pertenece a una temporalidad que dicta que, entre más lectores haya, se producirán más verdades, pero de menor impacto; o a una temporalidad que considere que, entre menos lectores y más tiempo, se generan verdades más concisas.

Incluso el cuestionamiento se puede abordar planteándolo con la pregunta ¿En qué forma está relacionado el tiempo con la epistemología, con el acto de producción y estructuración del conocimiento? ¿Por qué pareciera que en la historia entre más fácil acceso se tenga a la información, menos conocimiento se produce? Lo más razonable sería desestimarlos como una opinión, incluso como una idea romántica y nostálgica que denote una “no superación de los antiguos”. Sin embargo, es una pregunta que me gustaría dejar abierta a quien lea este escrito.

Toda biblioteca tiene un carácter temporario, es decir, está sujeta a saberes del pasado, hay pasado en la biblioteca; la biblioteca es conservación de representaciones, incluso en el sentido ingardeano de la noción de obra de arte literaria en su tercer ítem anatómico de la obra. Como menciona (Cofré, 2016):



Estos objetos u objetividades representadas son esencialmente aquellas entidades lingüísticamente proyectadas en la obra, es decir, personas, acontecimientos, etc. [...] los objetos representados existen solamente en virtud del hecho de que ellos son proyectados por unidades de significación dependientes en última instancia del acto de conciencia del lector. Según Ingarden, en la obra literaria estas objetividades representadas están relacionadas y conectadas de modo tal que constituyen una esfera óptica unificada en la cual las entidades son descritas como existentes. Constituyen una realidad *sui generis*. (pp.44-45)

No hay nada totalmente nuevo en los libros ni en las bibliotecas. Si lo hubiera, serían un equivalente a la Babel borgiana, un grupo de letras y símbolos sin significado, solo significantes patentes: “es un mero laberinto de letras, pero la página penúltima dice *Oh tiempo, tus pirámides*. Ya se sabe: por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias”, menciona Borges (1974, p. 466).

En tal sentido, algo inherente a la biblioteca es una temporalidad a la que está sujeto su conocimiento; la biblioteca existe en tanto existe el pasado, incluso si es ficción o ciencia ficción. Para pensar el futuro, por necesidad lógica, debe existir un pasado del cual partan sus comprensiones de lo que sucederá en dicha ficción. “La biblioteca es un lugar donde coinciden diversas temporalidades, podemos tener al mismo tiempo un texto publicado recientemente y uno publicado siglos atrás, los podemos tener al mismo tiempo sobre la mesa, en ello reside la esencia de la biblioteca” (Filosofía y Videojuegos, 2022, 12:05-12:20).

De no ser así, debemos volver a Borges, quien ilustra perfectamente lo que sucedería si la biblioteca funcionara *ab aeterno*: la sintaxis, el contenido de la idea de libro se perdería, todo sería libro, y libro sería cualquier combinación sin sentido, rompiendo así con las nociones segunda y cuarta de Ingarden:

2) El estrato de las significaciones elementales y complejas de los signos lingüísticos. Este estrato es estructuralmente el más importante, pues él determina la constitución de las objetividades, es decir, de mundo de ficción presentado en la obra.

[...]

4) El estrato de los aspectos esquematizados. [...] en la obra literaria aparecen las entidades representadas como reales. Estas entidades nos son dadas intuitivamente en los actos de conciencia intencionales según determinadas condiciones. Estas condiciones conciernen a los aspectos concretos percibidos de los objetos reales. (Como se citó en Cofré, pp. 44-45)

En tanto no hay significados elementales ni aspectos concretos que refieran a lo real, a lo pasado o a lo pasado distorsionado, no se podrá entonces considerar a la biblioteca como tal, ni siquiera sería una biblioteca de ficción; sería, como dijo Borges (1974, p. 466) “leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias”.



Cabe entonces considerar que, en tanto la biblioteca esta más atada a un cariz temporal en cuanto a su manifestación eidética, podríamos pensar a la biblioteca como hecho, como suceso. Borges dijo: “La biblioteca de mi padre ha sido el acontecimiento capital de mi vida” (Canal Encuentro, 2017, 1:40-1:50). En ese orden de ideas, la biblioteca existe cuando vamos a ella, cuando producimos conocimiento en ella, cuando dejamos que ella nos embelese con sus infinitas voces y mundos. Tiene sentido: si no es lugar propiamente y si no es extensión material, entonces la biblioteca es tiempo, es acontecimiento en el mejor sentido.

La biblioteca *es*, ontológicamente, en el momento en que ella se da a través de nosotros, en que producimos conocimiento en ella cuando en nosotros se da el conocimiento que ella contiene. Ese momento determina que un conjunto de libros —antiguos o nuevos— dispuestos en estanterías —sean de pino o de hierro— se vuelvan una biblioteca.

Gabriel Naudé, fundador de la figura arquetípica del bibliotecario culto —que llega desde el Renacimiento— en la floreciente Francia de Mazarino, que cien años más tarde alcanzaría el pináculo de su gloria intelectual, escribió en *Advis pour dresser une bibliothèque*, publicada en 1627, que “La bibliothèque est le lieu de l’exercice public de la raison”<sup>3</sup> (Naudé, como se citó en Chisaba Pereira, 2016, p. 103). Así, la idea adquiere un matiz algo más fino que el de mero laboratorio, que ya vimos que no es, y que el mero lugar de producción de conocimiento, que tampoco es.

Puede entonces argumentarse que, en tanto la biblioteca toma el rumbo de las ideas que en ella se presentan, se manifiestan a través del investigador, entonces será biblioteca. El cariz temporal del momento en el que se ejerce la razón es lo que la dota de este apelativo y lo que se refiere al *eidós*, si asumimos la premisa de Naudé. Ello es válido, al menos si se parte de la reducción que hemos realizado, primero a la materialidad y luego a la contextualidad positivista de la actual idea de biblioteca. En consecuencia, para fines enunciativos, la biblioteca estará sujeta a *ser* en el momento en que se ejerce la razón; la biblioteca es eso que está presente ante quien ejerce la razón en virtud de un conocimiento.

## El reducto del sistema de clasificación

A toda la noción de sistematización interna que ya hemos visto, le podemos sumar para restar otra faceta. La Unesco cataloga las bibliotecas en cinco grandes categorías: públicas, universitarias, escolares, nacionales y especializadas. Estas clasificaciones se subdividen a su vez en generales: las de investigación, las especializadas y las que atienden al gran público. Toda esta catalogación viene a funcionar en el sentido positivista que ya hemos visto tienen las entidades públicas por imprimir a todo lo que atañe a la cultura.

<sup>3</sup> La biblioteca es el lugar del ejercicio público de la razón.



A partir de esta información oficial, podemos considerar e incluso definir a las bibliotecas dentro de este rango: podemos decir que todo lo que se halle dentro de ese espectro es una biblioteca. Sería plausible al mismo tiempo negar que los volúmenes de literatura universal y la Biblioteca de Economía Orbis que tiene un profesor o un estudiante en su casa y que consta de unos cincuenta volúmenes entonces no sería una biblioteca.

Si el lector considera que esto es errado, va por el camino más acorde a nuestro razonamiento. Asumir que estructuralmente toda planta física que esté registrada bajo la clasificación de la Unesco es una biblioteca resulta un despropósito a la fenomenología de la biblioteca que aquí esbozamos. Pensemos, por ejemplo, en lo sucedido durante la contingencia de los años pasados, cuando nadie podía ir a la Biblioteca Nacional de Colombia, que se encuentra en Bogotá. Esta biblioteca clasifica como nacional, valga la redundancia, y como una que atiende a gran público. En esta medida, según la noción oficial y reglamentaria, dicho lugar era una biblioteca. Sin embargo, si se considera a partir del razonamiento práctico de Naudé, no se estaba dando en ella un ejercicio público de la razón, no había ejercicio del bibliotecólogo, no había contexto epistemológico alguno; el objeto como tal, la biblioteca del mundo de la vida, carecía de espectadores; no había una intuición fenomenológica propiamente dicha que facilitara la designación de *biblioteca*.

Aquí no me remito a un error categorial en el que se asuma que la biblioteca en tanto no se vea o estudie, o en tanto no sea escenario del ejercicio de la razón, no existe. Todo lo contrario, ello sería un problema de la ontología, naturalmente. A lo que me refiero es a que en tanto la biblioteca no sea patente ante la conciencia y la intuición de un individuo que entra en ella con la disposición y la actitud que le permiten a ella revelar y manifestar sus conocimientos, entonces no será biblioteca. Y si nadie entra, naturalmente, debido a la ausencia, no habrá conciencia receptiva capaz de aprehender la verdad de la biblioteca cuando ella está totalmente vacía.

## A modo de conclusión

En últimas, es pertinente establecer los pocos matices eidéticos que hemos logrado a través del breve análisis presentado en este artículo. Con ese ánimo, estableceremos tres puntos clave.

El primero de ellos es que la biblioteca, en términos físicos, está desligada de una planta con extensión mayor o menor que ninguna cantidad. No es determinable, así que la medida oficial de una biblioteca cae en ambigüedad: es tan biblioteca la que tiene una pequeña comunidad rural como aquella enorme del Vaticano. Por lo tanto, revisar la cuestión eidética de la biblioteca en virtud de su extensión externa es inútil.

Por ello mismo, la extensión interna no nos da luces. Como lo advierte Eubilides, la paradoja está a la orden del día y, más allá de los esfuerzos analíticos de mitad de siglo, es capital comprender que el lenguaje

demuestra por sí mismo su inabarcabilidad con cuestiones como esta. La extensión interna que debe tener entonces la biblioteca también es una noción prescindible en nuestra aprehensión.

Como segundo punto clave, es pertinente descartar de manera taxativa toda positivización de la biblioteca, ya que no se trata de una serie de contenidos inventariados solamente y clasificados bajo la directriz convenida por la entidad a la que pertenezca. La biblioteca se escapa esencialmente de toda clasificación científicista, pues el conocimiento producido en ella es parte de su verdad. En otras palabras, y guiados por la noción feyerabeniana, el conocimiento está sujeto al error, a la fuga y a la de-sistematización de las verdades, ergo el lugar de producción de conocimiento no debe estar, sujeto al positivismo bajo ningún orden.

El tercer punto clave, con el cual concluyo, es que, a partir de lo considerado en esta reflexión, se puede afirmar que la biblioteca es acontecimiento; se trata de un momento, de un hecho y de la revelación, producción y manipulación de los conocimientos que ella misma es. La biblioteca es conocimiento. Ella contiene cada ángulo de una construcción geométrica infinita que está sujeta a concreción mediante la continuación de los estudios.

Estudiar aun hoy a los antiguos no es un despropósito por la misma razón que observar exoplanetas de una galaxia distante tampoco lo es; porque el tiempo los abarca a ambos, más allá de su materialidad o la forma en que accedemos a ellos (léase a partir de la conclusión uno y dos respectivamente). En consecuencia, la reducción última que podemos realizar de la biblioteca como fenómeno es que resulta en momento de producción intelectual. Como dijo el propio Naudé, y como se ha planteado aquí: la biblioteca no es ya un lugar, sino el momento del ejercicio público de la razón.

## Referencias

Borges, J. L. (1974). *Obras completas*. Emecé.

Canal Encuentro. (2017, 25 de agosto). *Memoria iluminada Jorge Luis Borges: Endless* [Video de Youtube]. <https://www.youtube.com/watch?v=fOkDVeIXecc>

Chisaba Pereira, C. (2016). *Identidad y biblioteca pública: Construcción de identidad desde la biblioteca pública: Aplicación en la Biblioteca Pública Germán Arciniegas de Villavicencio (Meta)* [Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana]. <http://hdl.handle.net/10554/19958>

Cofré, J. O (2016). *Filosofía de la obra de arte: enfoque fenomenológico*. Universidad Austral de Chile.



Feyerabend, P. (1986). *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Tecnos.

Filosofía y Videojuegos. (2022, 7 de abril). *Las bibliotecas en los videojuegos. Una pequeña "filosofía de las bibliotecas"* [Video de YouTube]. <https://www.youtube.com/watch?v=JAF4vu-8Dx8&t=740s>

Grondin, J. (2008). *¿Qué es la hermenéutica?* Herder.

Hyde, D., & Raffman, D. (2018). *Sorites Paradox*. En E. N. Zalta (Ed.). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2018 ed.). <https://plato.stanford.edu/archives/sum2018/entries/sorites-paradox/>

Radford, G. P., & Budd, J. M. (1997). We do need a philosophy of library and information science—We're not confused enough: a response to Zwadlo. *The Library Quarterly: Information, Community, Policy*, 67(3), 315-321.

Zwadlo, J. (1997). We don't need a philosophy of library and information science--we're confused enough already. *Library Quarterly*, 67(2), 103. <https://doi.org/10.1086/629928>

